

El saber del Dr. Reygadas:
Parodias epistemológicas en *Crónica de la intervención* de García Ponce

Frank Loveland
Universidad Iberoamericana, campus Puebla

El capítulo XXI de *Crónica de la intervención* es narrado por un personaje: el Dr. Reygadas, experto psicoanalista quien, a lo largo de los capítulos anteriores, se ha hecho cargo del “tratamiento” a María Inés, uno de los personajes centrales de la novela. El lector ha tenido oportunidad de leer un par de sesiones, *verbatim*, de la paciente con su doctor. El título del capítulo XXI, “Proyecto del doctor Alfonso Reygadas para un opúsculo sobre un caso de personalidad múltiple”, anuncia desde ya el descubrimiento de un curioso caso patológico: el caso María Inés.

Ahora bien, en tanto personaje central, María Inés ha sido ampliamente presentada al lector a través de la mirada del narrador, yuxtapuesta en ocasiones con la de Esteban, a quien podría considerarse protagonista de la novela (el juego de fusiones y distanciamientos entre la voz narrativa y Esteban es otro aspecto de una novela cuyas técnicas de voz narrativa son parte central y sorprendente del juego novelístico). Se podría decir que María Inés es una más de las figuras femeninas típicas y obsesivas en la literatura de García Ponce. La mirada del narrador no cesa de describir sus movimientos, gestos, ropaje, etc., fascinada por el continuo erotismo a flor de piel que la figura irradia. Pero, como bien ha notado Graciela Gliemmo, María Inés es, por otro lado, un personaje hasta entonces inédito en la literatura de García Ponce. Es casada y con hijos, en ella se reúnen dos imágenes de la mujer aparentemente, o tradicionalmente más bien, incompatibles: maternidad y erotismo. A través de ella, continúa G. Gliemmo, el erotismo es incorporado a la esfera de la familia. Transgresión terrible en el ámbito cultural cristiano-occidental, sin importar que María Inés sea una buena madre, buena esposa en una familia burguesa cuyos miembros son razonablemente felices. Para el saber convencional, la presencia de un ente erótico en el seno de la familia es una incompatibilidad contradictoria. Tiene que ser patológica.

Y sobre esta “patología”, el Dr. Reygadas desplegará su saber psicoanalítico para demostrarla. En esta mujer desenvuelta, locuaz, segura de sí y de su sexualidad, del amor a sus hijos y a su marido, y para más, hasta aquí objeto de contemplación atónita del narrador y de Esteban, el Dr. Reygadas descubrirá una patología singular y preocupante, al borde de la psicosis. Desde luego se trata de una parodia por el contexto

en el que aparece. Pero el capítulo en sí podría extraerse de la novela y verosímilmente publicarse en una revista de psicoanálisis, con arbitraje y todo. En tanto García Ponce, a su vez, despliega también sus conocimientos psicoanalíticos, vale la pena una lectura con alguna seriedad.

Desde luego María Inés afirma no necesitar tratamiento alguno, primer síntoma defensivo, pero peor aún, ha venido a tratamiento porque su marido se lo pidió y “le gusta obedecer”, placer que inequívocamente es residuo de su “carga de objeto” y apunta ya hacia su posible patología. Que a lo largo de las sesiones María Inés no muestre una sintomatología fija demuestra la existencia de una personalidad flotante, efectiva barrera contra la angustia y la inseguridad. No ser alguien específico, no tener hábitos constantes que permitan al observador fijar una personalidad para definirla analíticamente con precisión, es posiblemente el mayor pecado que un paciente puede cometer. No se puede vagar por la vida nomás así, sin estar preso y definido por una red específica de interdicciones, traumas y sus consecuencias. Si la vida es una errancia sin fin, entonces no hay saber psicoanalítico, o conductista o psiquiátrico, que valga. Un ser así es una amenaza al saber psicoanalítico, y por tanto se vuelve imperativo para ese saber defender su validez negando la posibilidad de sostener la propia subjetividad de tan vaga manera. El Dr. Reygadas sabe, desde el inicio, que enfrenta un caso grave, gravísimo: la paciente dice no tener problema alguno consigo misma. Está en estado de negación total.

A la búsqueda de las causas de tanto mal se lanza con científica curiosidad el Dr. Reygadas. Y pronto las encuentra, en abundancia. Damos una breve lista inicial:

- ausencia del padre desde la infancia
- la necesidad de ser conducida nace del desorden de su vida infantil
- fijación con la madre, quien además ve con simpatía el erotismo de su hija
- María Inés juzga como racionales o normales sus propias reacciones patológicas ante este desorden
- *afirma su propia seguridad a través de la continua verbalización*
- el empeño racionalista de su discurso demuestra la inminente irrupción de poderosos elementos irracionales
- lo que ella considera su infancia feliz no es sino una serie de mecanismos de defensa contra la inseguridad y angustia que experimentó durante ella.

Las causas se multiplican, son evidentes. En María Inés y en cualquier ser humano, para el caso –quien esté libre de perturbaciones que lance la primera piedra-. Pero *este caso* es particularmente urgente para el saber psicoanalítico. ¿Cómo es

posible que una mujer sea madre y puta a la vez? Y lo verdaderamente inaceptable: que en la conciencia del personaje la puta predomine sobre la madre. En otro nivel social, nos podemos compadecer de la madre que para serlo tiene que prostituirse. ¿Pero María Inés? El Dr. Reygadas elige cuidadosamente los elementos necesarios extraídos de las verbalizaciones de María Inés para llegar a un diagnóstico impecable, que apretadamente es el siguiente: estando el triángulo edípico roto por la ausencia del padre (autoridad), y dada la aquiescencia de la madre hacia el erotismo de su hija, el lugar del padre es ocupado por la protección materna, quien inconscientemente “obliga” a su hija a ser puta. María Inés inconscientemente *necesita* la guía del padre ausente, que es sustituido por una serie de amantes a los que quiere obedecer. A nivel consciente, María Inés “sabe” que tiene vocación de infidelidad y engaño, pero en su inconsciente, culpa a la madre de haberla convertido en puta. Esto produce una inversión de sentimientos: el odio a la madre se transforma en culpa propia, a la vez que María Inés está impelida inconscientemente a ser infiel para no traicionar a su madre. Quisiera ser madre y esposa pero “se sabe” puta.

Su matrimonio feliz agrava la situación, pues perversamente su marido gusta de estimular, y aún permitir, el erotismo promiscuo de su mujer. Esto coloca a María Inés en una posición insostenible, que ella verbaliza continuamente para escapar al hecho contradictorio de ser madre y puta a la vez, pues la perversidad de su marido le permite no hacerse cargo de la contradicción que, sin embargo, está ahí a punto de estallar. Aquí la psicosis inminente: María Inés ha “creado” un doble, un ser idéntico a ella, pero no madre, sobre quien proyecta íntegro su erotismo desordenado. Y cree que verdaderamente existe, la ha conocido, y pone como testigos imaginarios a su marido, José Ignacio, y al propio Esteban. La situación es grave y preocupante, concluye el Dr. Reygadas.

El psicoanalista demuestra así que el espléndido personaje, maduro, feliz, casi utópico en su plenitud y belleza que la novela nos ha dibujado es un caso grave de patología extrema. Su futuro inmediato parece ser la desintegración y la obligada reclusión en un sanatorio.

Se trata de una parodia, desde luego. Leída como tal, el opúsculo del Dr. Reygadas demuestra más bien la culpabilidad universal que el psicoanálisis reparte con rigor: o se es un enfermo normal, con sintomatología fija, o se es un enfermo anormal, con sintomatología variable. La seguridad en uno mismo es negación de la inseguridad (pero no viceversa). Debemos desconfiar de nuestra propia plenitud y felicidad, pues es seguro

se trata de una barrera que hemos creado para no enfrentar nuestra angustia. El saber psicoanalítico no perdona a nadie.

El Dr. Reygadas, quien a fin de cuentas es personaje secundario y mal visto en la novela, ha cometido un error grave en su análisis y el lector puede sonreír ante su ingenuidad: no se da cuenta el buen doctor de que es un personaje de novela y que, al igual que en aquellas novelas de terror del siglo XIX donde el personaje científico desdeña los rumores de que el muerto se ha levantado, el lector sabe que el muerto sí camina, y busca al científico para asesinarlo. El doble de María Inés, que el doctor piensa fantasía, en efecto, existe, camina, gesticula y es en todo idéntica a ella. Lo que el doctor considera fantasía es relato puntualmente realista en una ficción donde el único elemento fantástico es la existencia real de dos personajes idénticos: María Inés y Mariana. Son, desde luego, personajes imaginarios... y el doctor Reygadas también. El error del doctor consiste pues en creer que habita un mundo real. El lector convencional -y muchos doctores en letras, dicho sea de paso- podrá quizá entenderlo así, es decir, como un recurso propio de la literatura fantástica, y aceptar la parodia como ejemplo de la autonomía de la ficción, donde desde un mundo irreal y ficticio se pueden tergiversar los saberes, de la misma manera que las brujas pueden volar y los muertos levantarse: libertades de la imaginación. Un lector así, cabe añadir, se solidariza con el Dr. Reygadas: cree habitar un mundo real.

Pero en todo caso, la parodia va más lejos. El capítulo en cuestión, como hemos mencionado, resulta paródico únicamente por su contexto, no por alguna característica o recurso del texto en sí, el cual, de aparecer en una revista psicoanalítica, tendría que leerse con absoluta seriedad. Se puede, por tanto, también leer como un discurso ajeno a la ficción, como si uno de los grandes saberes del mundo real e histórico irrumpiera en la ficción para criticarla. A la continua contemplación divagatoria de las voces narrativas que construyen la novela, que apuntan a una errancia sin fin, se contrapone una voz ubicante, definidora, que produce un saber que, por así decirlo, "desmitifica" la narración. Y si por un momento dejamos de verla como "recurso literario" del autor, y preferimos leerla como voz verdadera en la ficción, tendríamos que darnos cuenta que tiene razón. Quizá el lector no crea en el psicoanálisis, pero igual podría ser un discurso psiquiátrico, conductista, o hasta médico. Es decir, se trata de un discurso del saber vigente. Y como tal, no es una payasada, es idéntico a lo que parodia. Si nos detenemos un momento, y sobre todo, si decidimos que el saber psicoanalítico es válido, entonces este discurso define con buena precisión la patología, no de María Inés, sino de la novela misma.

¿Acaso no existe una evidente ausencia de autoridad paterna en este mundo construido por voces divagantes, que no parecen tener una finalidad específica? ¿No hay una personalidad flotante en la voz narrativa en sí, que en momentos se identifica con Esteban y en otros lo mira con burlona distancia, y en otros incluso desaparece para dejar lugar a un guión teatral? El continuo deseo de sacralizar a la mujer, convirtiéndola en objeto de culto, ¿no indica con toda claridad una sustitución de la autoridad paterna por la distorsionada protección maternal de una madre-puta? ¿Acaso no está usted, lector, leyendo una especie de novela pornográfica que se dilata en reflexiones y una prolijidad casi insoportable como si quisiera justificar lo insostenible? Para el Dr. Reygadas, para cualquier Dr. Reygadas, *Crónica de la intervención* tendría que ser el producto de una mente enferma.

En otras palabras, y cambiando el punto de vista, el capítulo XXI de *Crónica* no es nada más una mirada irónica al saber psicoanalítico, mucho menos el más o menos irresponsable discurso que la autonomía literaria y la ficción permiten: se trata más bien de un autoanálisis paródico, pero realizado con absoluto rigor, del autor mismo y su imaginación. Autoanálisis sonriente, que al descalificarse obliga al lector a tomar partido, pues desde luego la novela, a su vez, hace ver el carácter violento, y por tanto más que enfermo, del saber psicoanalítico. Y no sólo de ese saber.

Se puede clasificar a *Crónica* como novela hiper-realista. Construye una ciudad idéntica al Distrito Federal de México de los años sesenta. Quien deambuló por esa ciudad en esos años, puede quizá reconocer hasta los árboles. La novela está poblada por personajes con referentes reales, y el lector interesado en la sección de sociales del mundo literario y cultural, puede a través de la novela enterarse de chismes, quehaceres y desde luego las simpatías y antipatías del autor. Sin embargo, leer la novela con un código realista -una novela que habla sobre la realidad a que hace referencia- resulta en una lectura pobre, y quizá equívoca. Más bien la ficción literaria cobra realidad al ir demostrando el carácter imaginario y violento de la llamada realidad. El “mundo real” que habita el Dr. Reygadas, por ejemplo, es en verdad lo que una imaginación paranoica y controladora produce. El muy real mundo del trabajo, no pasa de ser un extraño y estúpido teatro creado por sujetos oportunistas y ajenos a la naturaleza imaginaria del mundo que habitan, que transforman el erotismo en mercancía y arma de poder. No son personajes importantes, pero su pasión por el poder, los negocios, los proyectos de “gran alcance” rodean de manera siniestra la aventura de los personajes imaginarios que se saben imaginarios, para finalmente interrumpir violentamente el desarrollo de la misma.

Los psiquiatras y sus sanatorios, los empresarios y sus seriesísimos cálculos, los gobiernos y su miserable violencia física impiden el nacimiento del sujeto errante, atrapan a las subjetividades en una historia carcelaria que no tiene otra finalidad que continuar su propia violencia y obligarnos a posponer y a soñar nuestra “liberación”. Una realidad histórica que obliga a sus habitantes a tenerla por verdad, a aceptarla, investigarla, producir ciencias humanas a partir de un sujeto desubjetivado, condicionado, estadístico, como si la pasión central de cada conciencia efímera debiera ser imaginar las instituciones que nos controlarán, a nosotros y nuestros descendientes, con menos dolor y más suavidad. Imperativo realista que nos impone una serie de saberes que nos niegan.

Crónica de la intervención nos invita, no a ignorar esta realidad, pero sí a desconocer su validez, la validez de sus saberes. Quizá por eso García Ponce exige complicidad, exige, en el minúsculo apartado examinado por el presente ensayo, no una cómoda burla al saber psicoanalítico, sino reconocer el deseo enfermo que lo mueve.